

5. En esos ojos había visto quién era Dios

por Julián Carrón*

Pero, ¿cuál es la razón última del «sí» que Simón le dijo a Cristo?, se pregunta de nuevo don Giussani. «¿Por qué el “sí” a Jesús vale más que enumerar todos los errores cometidos y que hacer una lista de todos los posibles errores futuros que conlleva nuestra debilidad? ¿Por qué este “sí” es más decisivo y más grande que toda la responsabilidad moral que se traduce en los mil detalles de la práctica concreta? La respuesta a estas preguntas revela la esencia última del Enviado del Padre. Cristo es el “enviado” por el Padre y es Él quien revela al Padre a los hombres y al mundo. “Esta es la vida verdadera: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Aquel a quien has enviado, Jesucristo”. Lo más importante es “que te conozcan a Ti”, que te amen, porque este Tú es el sentido de la vida. “Sí, te quiero”, dijo Pedro. Y la razón de este “sí” consistía en que había vislumbrado en esos ojos que le habían mirado aquella primera vez y muchas otras veces después, durante los días y los años siguientes, quién era Dios, quién era Yahvé, el verdadero Yahvé: *misericordia*». Esto es lo que Pedro ha visto y experimentado: «En Jesús se le desvela que la relación de Dios con su criatura es una relación de amor y, por tanto, de misericordia. La misericordia es la postura del Misterio frente a cualquier debilidad, error u olvido del hombre: Dios ama al hombre a pesar de cualquier delito que este pueda cometer. Esto es lo que sintió Simón; de aquí nace su “Sí, yo te quiero”»¹.

Siempre me ha impresionado la historia de aquel hombre que fue a confesarse con Giussani en una parroquia de Milán, en la época en que era un joven sacerdote: «En el confesionario entra un hombre; se queda de pie, no habla. Entonces le miro. Él, provocado por mi actitud, dice: “He matado”. No sé cómo le dije: “¿Cuántas veces?”. Él intuyó que habría podido decirme “mil veces” y que yo habría asumido la misma actitud que si me hubiese respondido “una vez”. Rompió a llorar y se inclinó a abrazarme, llorando: había intuido el perdón»². ¡Qué conciencia debía de tener desde joven Giussani de la novedad que había entrado en la historia con Cristo para reaccionar de ese modo delante de un asesino! No había nada que justificar. No necesitamos justificar nada, sino que –como don Giussani– podemos mirarlo todo, reconocer todo porque hay una mirada, una capacidad de perdón, una misericordia que rompe cualquier medida. Quien niega lo que ha hecho puede hacerse la ilusión de que con ello resuelve el problema (¡incluso un homicidio!). Pero el problema permanece, aunque uno se lo esconda a sí mismo. Menos mal que existes, Cristo, y que te has revelado como misericordia, porque de no ser así tendríamos que llevar el peso terrible de nuestras culpas. »

* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016.

© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».

» «El sentido que tienen el mundo y la historia es la misericordia de Cristo, Hijo del Padre, enviado por el Padre para morir por nosotros. En el drama de Milosz el abad, en un determinado momento, le dice un poco impaciente a Miguel Mañara, que iba todos los días a lamentarse ante él por sus pecados pasados: “Acaba con estos lamentos de niña. Todo esto no ha existido jamás”. ¿Cómo que “no ha existido jamás”? Miguel había asesinado, violado, había sido injusto... “Todo esto no ha existido jamás. Solo Él es”. Él, Jesús, se dirige a nosotros, nos sale al encuentro preguntándonos una sola cosa: no “¿qué has hecho?”, sino “¿me amas?”. Amarle por encima de todas las cosas, entonces, no quiere decir que no tenga pecado o que no vaya a pecar mañana. ¡Qué extraño! Hace falta un poder infinito para tener esta misericordia, un poder infinito del cual –en el mundo terreno, en el tiempo y en el espacio en los que vivimos, durante los pocos o los muchos años que se nos concedan– podemos recibir y obtener la alegría. Porque un hombre, cuando es consciente de toda su pequeñez, se alegra ante el anuncio de esta misericordia: Jesús es misericordia. [...]. “Te has inclinado sobre nuestras heridas y nos has curado –dice un *Prefacio* de la Liturgia ambrosiana– dándonos una medicina más fuerte que nuestras heridas, una misericordia más grande que nuestras culpas. Así también el pecado, en virtud de tu amor invencible, ha servido para elevarnos a la vida divina”»³.

¹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 84.

² L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 65.

³ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 84-85.